en calidad de capitanes de *lansquenetes* en Pavía, hacen «fortuna» como soldados de todos los beligerantes en la guerra de Treinta años, ó menos honrados se convierten en ladrones como *Schlndershannes* ó *Cartouche*. Hoy día se nombran en Rusia nihilistas. como ayer, en el imperio Otomano, se nombraban Mehemet-Alí. Ahora bien, el sistema parlamentario permite á estos hombres de poderosa organización conservar su individualidad sin destruir la forma política y hasta sin amenazarla. Se necesita mucho menos trabajo para llegar á diputado que para alcanzar la situación de Wallestein, y es mas fácil subir á ministro presidente en un Estado parlamentario que derribar un viejo trono. Como diputado se puede quedar derecho en la mayoría de las circunstancias en que Juan debería inclinarse, y como ministro presidente, sin duda hay que luchar, pero no que obedecer á una voluntad extraña. Asi el parlamento es la válvula de seguridad que impide á los individuos expansivos de la nación producir explosiones devastadoras.

Estudiando la psicología de los políticos de profesión en todos los países parlamentarios, se halla que aquello que los impulsa á la vida pública, es la necesidad de sentir fuertemente su personalidad, y de manifestarla en todos conceptos. Se llama esta necesidad, ambición ó sed de mando. No haré objeción á tales designaciones siempre que se las defina. ¿Qué es la ambición?¿ ¿Es verdaderamente el deseo ardiente, desenfrenado de honores, es decir, de satisfacciones exteriores de la vanidad? Este móvil puede inspirar á drogueros enriquecidos el deseo de entrar en la Cámara de comercio ó en el Município; en la carrera de un Disraeli, de un Kossuth, de un Lassalle, de un Gambetta, no juegan ningún papel

Sólo se agitan tales hombres por recibir en la calle el saludo de los imbéciles presumidos ó importunos, por vestir un traje chillón y ridículo, y llevar constantemente á sus alcances, periodistas, biógrafos y fotógrafos, y por recibir peticiones de jovenzuelos de buenas familias en demanda de autógrafos. No es por satisfacciones de ese género por las que se expondrían los hombres políticos que antes he citado á las crueles miserias de la vida pública, de esta vida que renueva en medio de nuestra civilización pacífica todas las condiciones de la existencia de los primeros hombres; donde no hay ni reposo ni tregua, donde se debe continuamente combatir, observar, acechar, espiar, seguir las huellas de los otros y borrar las propias, dormir con las armas á la mano y los ojos semiabiertos, donde cada hombre es un enemigo, donde se tiene la mano contra todos y las manos de todos contra la suya, donde se es incesantemente vilipendiado, maltratado, calumniado, herido en todos sus afectos, y donde se vive, en una palabra, como los pieles rojas sobre la pista de guerra en sus antiguos bosques. La titulada ambición que determina á los políticos de verdad á escoger una vida tan miserable y peligrosa, es no más que el impulso irresistible de sentir plenamente su propia personalidad; este sentimiento sublime y origen de placeres inexplicables, no es conocido del filisteo extenuado, el cual nunca será discípulo de aquéllos, pues al serlo no hubiera jamás encontrado obstáculos, y caso de encontrarlos, los hubiera vencido.

Lo mismo podemos decir de la *sed de mando*. El verdadero jefe de partido, nace tal; se cuida bastante menos de dominar á los otros, que de no dejarse dominar por persona alguna. Cuando él hace que las volun-

tades ajenas se inclinen ante la suya, es para adquirir el sentimiento delicioso de la fuerza y de la extensión de su propia voluntad. Para el que se encuentra colocado en medio del actual orden político y social y no quiere vivir como ermitaño voluntario en las soledades, no hay sino mandar ó ser mandado. Las naturalezas vigorosas no podrán sufrir la última parte de esta alternativa, han de conseguir la primera; no porque ésta les cause particularmente placer, sino porque hoy día aún es la única forma bajo la cual el individuo puede sentirse libre é independiente. Si la sed de poder fuera realmente esto que el sentido literal de la palabra parece indicar, miraría siempre por debajo de sí y no por encima; contaría las cabezas que están colocadas más bajas que la suya, no aquellas que la rebasan.

Mas por regla general hace lo contrario. César prefiere ser el primero en una aldea que el segundo en Roma; en este último caso, mandaría en un millón de hombres y no tendría más que un solo señor; en una aldea no podría mandar sino algunos centenares de personas. La dominación en Roma, ¿no representaba para él una satisfacción mil veces mayor que en una aldea? Sí, si César hubiera querido solamente dominar. Mas él no quería sentir otra personalidad que la propia, y ésta se encontraba limitada si César en Roma era el segundo, en tanto que ella se desplegaba libremente en la aldea donde ninguna voluntad era más fuerte ni oprimía la suya. En esta sola palabra de César está encerrada toda la teoría de la ambición que lleva á los hombres políticos á la vida pública. Los diputados de última fila que no juegan su parte en los parlamentos sino como coristas ó figurantes, pueden tener otros móviles; se agitan á fin de atrapar empleos para sí ó para los suyos, de taladrar á escondidas el tonel del Estado é introducir una paja en el agujero y deleitarse bebiendo de balde; estos *politiquillos* y *sacos de noche* (*carpet baggers*), como se les nombra en la América del Norte; estos cazadores de puestos, mendigos de condecoraciones y parásitos del presupuesto, son simplemente los obreros pagados por los jefes, seres inútiles, y de ninguna manera partes esenciales en la máquina parlamentaria. En cuanto á los jefes, las ventajas materiales de su situación son secundarias á sus ojos. La principal es el libre despliegue de una personalidad que experimenta calambres dolorosos si tiene que permanecer encogida.

Ninguna palabra aparece tan frecuentemente en este orden de cosas como la palabra «Yo»—Yo y nada más que yo.—Esto es precisamente porque el parlamento es el triunfo, la apoteósis del egoísmo. En teoría, debe ser la solidaridad organizada; de hecho, es el egoísmo erigido en sistema. Con arreglo á la ficción, el diputado se despoja de su individualidad para sumarse con un ser colectivo impersonal por quien los electores piensan y hablan, quieren y obran; en la realidad, los electores se despojan por el acta electoral de todos sus derechos en favor del diputado, y éste adquiere todo el poder que aquéllos pierden. En su programa, en los discursos donde solicita los votos de sus electores, el diputado entra naturalmente en aquella ficción; allí él no se mueve jamás sino por el interés público; anhela trabajar no más que por el bien general, desea olvidarse de sí mismo en provecho del pueblo. Pero estas son formulas que hasta el elector más sencillo, más condescendiente, no cree nunca á la letra ¿Qué es para el diputado el interés general y el bien público? Puro negocio de comedia; el diputado quiere subir y el elector debe ser su escalera

¿Trabajar para el pueblo? ¡Ni pensar en ello! Es el pueblo quien debe trabajar para él. Se ha llamado á los electores un *ganado de votos*; esta metáfora es de una rara exactitud. El parlamento ha creado condiciones enteramente análogas á las del tiempo patriarcal. Los diputados ocupan la situación de patriarcas; su poder descansa sobre su riqueza, que consiste en la posesión de grandes rebaños. Solo que hoy día no se componen estos rebaños de vacas ni carneros, sino de aquel ganado metafórico que el día del voto deposita su papeleta en la urna electoral. *Rabagás* debia ser una caricatura y una sátira; me parece más bien un tipo real. Nada hay sorprendente ni risible en que Rabagás, el gran revolucionario, una vez llegado al poder con el concurso del pueblo, emplee contra éste absolutamente los mismos medios de gobierno y de opresión que en sus discursos incendiarios había dicho ser crímenes de los ministros que los empleaban. Este cambio me parece natural y lógico. El político no lleva otro objeto en sus acciones que la satisfacción de su egoísmo. Para subir necesita obtener el apoyo de las masas. Pero no se obtiene tal apoyo sino á fuerza de promesas y de tradicionales frases de afecto que se pronuncian maquinalmente como un mendigo pudiera rezar un *Padre nuestro*. El político se somete á este uso sin titubear. Cuando ya está nombrado por los electores, su amor propio se halla satisfecho y las masas dispersas completamente á sus ojos para no surgir de nuevo hasta que aquellos le amenacen con quitarle su poder. Entonces hará por conservarlo lo mismo que hizo para adquirirlo. Según las exigencias de la situación, apelará de nuevo al repertorio de promesas y frases de efecto, ó amenazará con el puño á aquellos que murmuren. Este es el encadenamiento de premisas y de consecuencia lógicas que reciben el nombre de sistema parlamentario.

IV

Basta considerar el mecanismo político de cerca y en sus detalles para comprender que en la práctica el parlamento miente sin pudor á su teoría.

¿Cómo se alcanza la investidura de diputado? Que los electores vayan en busca de un ciudadano sabio y virtuoso y le supliquen los represente en el parlamento, esto ocurre apenas una sola vez cada diez años, y únicamente bajo la influencia de circunstancias que quitan en absoluto á este hecho su importancia aparente. Un distrito puede estar interesado en confiar sus poderes á un hombre de reconocido valer, y esto puede ocurrir porque encuentre útil ampararse de su nombre, ó bien porque su circunscripción electoral no sea representada por un peligroso adversario. En tal caso, se hace sin duda, sirviéndome de una expresión moderna, reclamo con un nombre, sin que aquel que lo lleva haya contribuído á ello; los electores entregan por su propia voluntad su confianza á un hombre de mérito que no la había demandado, y el mandato recae verdaderamente, como la teoría lo supone, en el mejor entre los ciudadanos.

Pero de ordinario las cosas no ocurren de esta manera. Un ambicioso se presenta á sus ciudadanos y procura convencerlos de que él más que ningún otro merece su confianza ¿Qué razón tiene para conducirse de esta manera? ¿Es el vivo deseo de ser útil al bien público?

¿Quien lo creerá? Hay sín duda hombres que tienen un muy vivo sentimiento de su unión solidaria con el pueblo y con la Humanidad, sentimiento que ellos quieren satisfacer trabajando y sacrificándose por la patria; pero estos hombres son excesivamente raros en nuestro tiempo; además, esas naturalezas ideales están dotadas de sentidos delicados, y son refractarias á los contactos groseros y vulgares. ¿Los hombres de un caracter tan elevado querrían exponerse voluntariameute á las multiples contrariedades de una campaña electoral? ¡Jamás! Pueden sufrir y morir por la Humanidad, más no dirigir á una estúpida multitud de electores, vulgares cumplimientos. Pueden, sin buscar recompensas ni gratitud, hacer aquello que consideran su deber, pero no cantar ante una reunión popular su propia apología en frases pomposas. De ordinario, con un pudor que la necesidad llama con frecuencia orgullo, y que es simplemente el temor de ver mancillado su ideal, permanecen obscurecidos en su cuarto de trabajo ó entre un pequeño círculo de espíritus semejantes al suyo. Los reformadores y los mártires se muestran á veces al vulgo, pero solamente para convertirlo, para señalarles sus defectos, para separarlo de sus malas costumbres, nunca para adularlo, para afirmarlo en sus errores con suaves y melífluas palabras que al pueblo le guste escuchar. Por esta causa son ellos apedreados antes que cubiertos de flores. Wiclef y Knox, Huss y Lutero, Arnoldo de Brescia y Savonarola, han ejercido seguramente una acción profunda en grandes masas de hombres; han excitado un odio violento al mismo tiempo que un amor apasionado. No obstante, creo que ni ellos ni Rousseau, Goethe, Kant ó Carlyle hubiesen jamás obtenido por sus propios recursos, sin apoyo de una comisión electoral, la investidura

de diputado, bien en un distrito rural, bien en una ciudad. Estos hombres no se rebajan hasta el punto de adular á sus electores para obtener sus votos, ni á combatir á un adversario que procura alcanzar el mismo objeto por todos los medios. La forma que es necesario emplear para obtener un mandato popular, asusta y hace retroceder á las naturalezas escogidas; los egoístas son los únicos que se deciden á adquirir la consideración y la influencia apelando á todos los recursos que se les presenten.

He ahí los hombres que quieren seguir la carrera política. No están guiados más que por el egoísmo; sin embargo, necesitan una cierta popularidad y ésta no se adquiere de ordinario sino secundando el bien de los pueblos, ó aparentando secundarlo; nuestros ambiciosos se ocuparán por consiguiente de los intereses públicos, ó á lo menos simularán que se ocupan de ellos. Deben, para alcanzar éxito, poseer diversas cualidades poco simpáticas. De ningún modo pueden ser modestos, pues si lo fueran, no se colocarían en primera fila, como han de hacerlo si quieren ser notados. Han de saber fingir y mentir, pues se ven forzados á ser amables con hombres que les repugnan ó les son indiferentes, so pena de atraerse innumerables enemigos; deben hacer promesas que de antemano saben no han de poder cumplir. Necesitan adular las inclinaciones y las pasiones vulgares de la multitud, aparentando compartir sus preocupaciones, sus ideas tradicionales. Reunidos todos estos rasgos, forman un carácter siempre repugnante para cualquier hombre de corazón. En una novela, un personaje parecido no atraería jamás la simpatía del lector; en la vida, el mismo lector le da su voto en todas las elecciones.

La campaña electoral tiene, tanto como la guerra, su estrategia y su táctica. El candidato no se encuentra jamás en presencia del elector; entre los dos hay una comisión que no debe sus poderes sino á su propia audacia. Supongamos que alguno experimenta la necesidad de hacerse valer, convoca sin ambajes, y por su particular autoridad, á sus conciudadanos á una reunión. Si comprende que no posee todavía bastante influencia por sí solo para confiar en el éxito, se asocia á varios amigos ó busca algunos imbéciles ricos y vanidosos, á los que dice que tienen el derecho y el deber de colocarse á la cabeza de sus conciudadanos, de dirigir la opinión pública, etc. Estos imbéciles se sienten muy halagados por tal invitación; se apresuran á colocar su firma debajo del cartel de una esquina ó del anuncio de un diario, causando efecto en los tontos que juzgan de un hombre por su fortuna ó por sus títulos.

He aquí ya, por consiguiente, una comisión fundada, y la junta electoral es convocada bajo la dirección de aquélla. Toda comisión de este género se compone de dos elementos; de ambiciosos enérgicos y sin escrúpulos y de fatuos pretenciosos con aire importante y convencido, pero en extremo idiotas, y que son llevados por los primeros como figuras puramente decorativas. Se puede pertenecer á una comisión sin haber sido uno de sus fundadores y sin que los miembros de ella hayan solicitado vuestra colaboración. Para ello sólo hay necesidad de hablar alto y con frecuencia en una reunión, y de atraer osadamente sobre sí las miradas de la multitud. Un hombre que posea voz retumbante y que pueda charlatanear con facilidad sobre no importa qué asunto, obtendrá infalible y fácilmente ante el vulgo una cierta autoridad, debiendo aparecer á los ojos de los que desean erigirse en jefes como un aliado importante ó como un molesto adversario. Por esta causa se apresurarán á admitirlo en su comisión.

La formación de estas comisiones puede efectuarse por iniciativa de aquel que desea ser elegido diputado, ó bien puede hacerse independiente de su influencia. En el primer caso, el candidato dirige todo el movimiento; organiza su estado mayor, convoca los electores, elige los oradores que deben hablar, y toma parte porsonalmente en la lucha. En el segundo caso, por el contrario, la comisión se compone de una tropa de mercenarios reclutados por no importa qué capitán osado, y alquilados á un candidato para librar batalla en su provecho. Muchos hombres políticos han trabajado de esta manera por otros, antes de ser ellos mismos diputados; han hecho y deshecho representantes del pueblo; han prestado, ó más bien vendido, las actas de diputados, sea por dinero al contado para ellos y sus compañeros de armas, sea por empleos y ventajas de otra especie, y en un pequeño número de casos solamente por vanidad, por ser considerados como los hombres de mayor influencia en un distrito.

En las reuniones electorales domina siempre la fraseología. La multitud sólo escucha á aquel que habla alto, hace promesas seductoras y se mete en trivialidades fácilmente comprensibles. El día del voto algunos electores, los de más influencia, que se toman la molestia de trabajar individualmente, votan según las sugestiones de su vanidad ó de su interés; en cuanto á la mayoría, que es la que inclina la balanza, da sus votos á uno de los candidatos por quienes ha trabajado la comisión. Se arroja en la urna el nombre con que han estado durante una semana destrozando los oidos. No se